

A PUERTA DE CORRAL

Por OSWALDO ALVAREZ

A mi madre

A mi esposa y a mis hijos

A todos los ganaderos y agricultores de mi país

A todos mis amigos

Y, muy especialmente, a la juventud torrense

Este trabajo que hoy me permito presentar, sin pretensiones de gran escritor, es el producto de una inquietud que desde hace mucho tiempo encontró refugio en mi mente, ocupando siempre sitial preferencial el acicate insuperable que significa rendir homenaje a nuestros antepasados. A la memoria de aquellos viejos, tributarios ya de la madre tierra, protagonistas de las páginas más gloriosas que registra la historia del campo torrense.

Obviamente al quedar claro el propósito impulsor, quedó planteada la necesidad de demostrar hasta qué punto fue efectiva la participación de aquellas generaciones que a finales del siglo pasado y comienzos del presente unieron sus esfuerzos para implantar sistemas operativos ajustados a las posibilidades de la época que garantizaran el éxito en la ejecución de todo trabajo rural.

Los datos recopilados son muy convincentes y me dejan en condiciones de asegurar muchas cosas; entre otras, la sinceridad con que se trabajaba en las fincas, el entusiasmo con que se emprendían las diversas tareas, el afán contagioso de introducir mejoras que contribuyeran a facilitar el cumplimiento de los compromisos. Todo ello redundaba en beneficio de los empresarios rurales de aquel entonces, proporcionándoles comodidades que ellos disfrutaban a placer, satisfechos de estar todo el tiempo posible en sus fincas, incluyendo en sus itinerarios sólo visitas esporádicas a Carora.

A fin de ilustrar un poco al respecto, creo oportuno y vaya como anécdota el caso de un ganadero torrense que asistió a una fiesta en Carora, y entre palo y palo metió la pata en ésta y como en términos parranderos, “sufría de lagunas”, al otro día cuando despertó en su casa, a su lado se encontraba un amigo, quien le contó su “hazaña” protagonizada la noche anterior. Ante esta situación, avergonzado, juró a su madre que no bebería más aguardiente y que de inmediato regresaría a su finca,

dispuesto a no volver más nunca a Carora; sin embargo, al correr de los años, otra vez se vio precisado a recorrer el camino hacia esta ciudad. Para su mala suerte, al detenerse en una pulpería, se encontró con unos amigos bebiendo cocuy. Estos al verlo entrar lo saludaron cariñosamente, ofreciéndole uno de ellos un trago de esta bebida espirituosa, brindis que no aceptó, explicándoles que él ya no bebía. Ante este rechazo, el amigo se sintió sumamente ofendido, amenazándole con echarle el palo de cocuy a la cara si insistía en no tomárselo, a lo cual el ganadero de este relato le respondió que si se atrevía a hacerlo le pegaba un tiro. No hizo caso el amigo y le vació la copa de aguardiente violentamente en el rostro. La respuesta del ganadero no se hizo esperar. Ni corto ni perezoso le descerrajó el tiro ofrecido.

Nuevamente hubo de regresarse a su finca, pero esta vez definitivamente. Jamás intentó volver a Carora.

Lo cierto era que, aun no teniendo motivos tan dramáticos como el narrado, el ganadero de aquellos tiempos, se aferraba a su finca con más corazón que ansias de riqueza. Permanecía en ella, pendiente de su negocio, de sus siembras, de sus animales. . .

Mi vinculación con el campo comenzó cuando apenas tenía 15 años de edad. Seis meses fuera de Carora, ganando cincuenta bolívares mensuales como obrero en la hacienda de mi padre, Epaminondes Alvarez, marcaron mi primera temporada como trabajador rural. Lamentablemente, mi labor entonces se vio interrumpida, cuando al ocuparme de enlazar un novillo, el salto pegado por el caballo al cruzar una quebrada dio lugar a que me llevara un fuerte golpe en los testículos. Esto ocasionó mi traslado a Barquisimeto, donde el Dr. Honorio Sigala me sometió a una delicada, pero exitosa operación. De no ser por este inconveniente, seguro estoy de que hubiese durado varios años sin volver a Carora. El campo ya era parte de mi vida, y aun cuando mi padre trató de hacerme desistir exponiéndome argumentos avalados por su sólida experiencia y por su firme intención de hacer de mí un profesional, convencido de que en la ciudad los doctores vivían más sabroso, sin correr los riesgos y sinsabores que proporcionan las actividades propias del campo, mi decisión adquiría cada vez más carácter definitivo; sin embargo tuve que afrontar su bien dirigida campaña para hacerme cambiar de opinión, debiéndome fajar de verdad a su orden, como los buenos, desde el principio, poniéndome tareas de fajinero, cargando agua en barriles cuarentanos, a echar machete, ordeñar, enrear, sabanear, etc. A las cuatro de la madrugada me tocaban diana en la hacienda; casi de inmediato al levantarme de mi chinchorro o catre, antes de tomarme el cafecito, hecho en olla de barro sobre daselles, tenía que moler por lo menos tres "maquinadas" de maíz para que echaran las arepas. . . Luego a recorrer tres kilómetros, a pie o a caballo, para llegar al sitio de ordeño. . . Mi desayuno: Arepas de maíz "pelao" y suero. . . Debo añadir que los obreros fijos comían mejor. Específicamente yo, era objeto de este trato "tan especial", a ver si decidía regresar a la ciudad a estudiar. Mi padre insistía en que prefería llevarme al cementerio que a una hacienda a trabajar.

Con toda la peculiaridad que revestía este tratamiento, hoy en día reitero mi sincero agradecimiento a la memoria de mi buen padre. Los placenteros años de mi juventud vividos en "Rancho Grande" permanecen inalterables en mi memoria, repletos de episodios agradables y diversiones que compensaban las duras faenas cotidianas.

Difícil olvidar, por ejemplo, aquellas emocionantes partidas de pelota criolla, jugadas por las tardes, después de cumplir con todos los quehaceres, y aquellas escapadas al pueblo cercano a echarme palos y a echarme piquetes. Precisamente, para evitar mis asiduas visitas a El Empedrado, papá dispuso utilizar los domingos, según él, para enseñarme bien la ejecución de una serie de actividades de mucha importancia; de tal manera que, también ese día, se hizo útil por las circunstancias ya mencionadas, dedicándonos entonces durante buena parte del día al arreglo del arreo, haciéndoles las valonas a las mulas y a los burros, pelándoles las orejas y las patas, engrasando las sogas, las acciones, las cabezadas, las riendas, las guruperas, los arristrancos y los pretales, quemándoles cuidadosamente las patas con kerosen y cagajón para que no les diera hormiguillo; además, mandaba a recoger las yeguas para cortarles la crin y sacarle bastante cerda de la cola, a fin de emplearla en la confección de mecates, cinchas, rabizas y pretales, que se tejían utilizando dos tarabas. Por si acaso, también dejaba los domingos para recibir los trabajos de desmatono. Aún así, siempre quedaba un lugarcito para inventar algo. Baste decir, por las limitaciones que me impone la línea del presente folleto que, ante la imposibilidad de trasladarnos a Carora los domingos para ir a las carreras de caballos a efectuarse en el hipódromo local que existía para ese entonces, era necesario ingeniárselas para oír la transmisión de las mismas por la Radio Carora; la cual, no se sintonizaba bien en la hacienda durante el día. Para resolver tan difícil trance, aprovechamos la comunicación que se hacía por teléfonos de manilla y central de clavijas; abusando un poco mi hermano Omar y yo, de nuestra condición de sobrinos de la dueña del mencionado central, tía Beatriz. Pedíamos a la centralista que nos comunicara con mi mamá, quien entonces ponía el radio a todo volumen cerca del teléfono y Omar que lo oía en Rancho Grande, nos retransmitía las carreras a nosotros. Es fácil deducir que aquellos tiempos eran completamente distintos a los actuales. Nuestros viejos hicieron acopio de su férrea voluntad y de su inteligencia para vencer obstáculos. Ellos hicieron ayer con sus manos lo que hoy hacen máquinas y tecnicismos en la brevedad de un tiempo que no admite comparaciones. Pero ellos rindieron y aportaron progresos innegables a la agricultura y a la cría torrense y venezolana, requiriendo para sus logros más tiempo, pero enmarcados por el mérito gigantesco que representa la fe y la sinceridad con que se realiza un esfuerzo supremo que ha de reconocerse y calificarse como herencia de gran valor que sirva como ejemplo de empuje y tenacidad de generación en generación.

Para muchos, ahora no resulta imprescindible poner en práctica los consejos, sistemas y medidas de trabajo heredados de nuestros viejos; sin embargo, ahí quedan, amparados en la grandeza de una labor sincera, cumplida con resultados ampliamente beneficiosos. Por ello, aún con todos los adelantos que existen en la actualidad, cuando se cuenta con maquinarias capaces de hacer en horas lo que antes exigía meses enteros de trabajo fuerte, no debemos echarlos a un lado despectivamente; más bien, se justifica mantenerlos siempre en el alto nivel de respeto y consideración que se merecen, pues son el fruto de una larga experiencia orientados quizás, por la profunda sabiduría de la misma madre naturaleza.

He de mencionar con cierta frecuencia en este trabajo, algunas medidas de uso normal en el pasado, agrarias y de capacidad antigua para áridos; en conse-

cuencia creo conveniente especificar las mismas al comienzo; a fin de "refrescar" la memoria de unos y familiarizar con su uso a otros.

FANEGA: medida de capacidad antigua para áridos: granos y legumbres secos, usada principalmente para medir maíz. 220 kilos.

ALMUD: medida antigua para áridos: 18,33 kilos aproximadamente.

CUARTILLA: 1/4 de almud.

COTEJO: 3 kg. (1/2 cotejo de maíz, por ejemplo, era suficiente para la preparación de ocho arepas de peón).

FANEGA DE CAL: doce latas keroseneras.

UN QUINTAL: 46 kilos.

UNA ARROBA EN GRANO: 11,5 kilos.

UNA ARROBA EN GANADO: 25 kilos

UNA VARA: 84 centímetros

UNA VARILLA: 4 varas (3 metros y 36 centímetros)

UNA SOGA DE ENLAZAR mide 17 varas = 17 X 0,84 centímetros = 14,28 mts.

El empresario rural debió enfrentar la necesidad de implementar sistemas capaces de imponer controles sobre el trabajo diario efectuado por el personal contratado para la ejecución de labores propias de su negocio. De esa manera, fueron surgiendo y estableciéndose cálculos ajustados al tipo de faena, y en los cuales todos aceptaban la utilización como medidas agrarias de "La Vara" y "La Varilla".

El sistema adoptado entonces, se le denominó "Tarea", asignándose a las mismas valores diferentes, de acuerdo al trabajo que su realización exigía, presentándose casos de obreros, quienes cuando la tarea se les pagaba a un bolívar, eran capaces de sacar hasta cinco por día, a fin de ganar cada uno, claro está, un "fuerte" que en aquellos tiempos representaba "un realero".

En tareas donde era menester usar las medidas señaladas, los trabajos eran contratados de tal manera que siempre se medían en cuadrados o en triángulos, a objeto de facilitar los cálculos correspondientes, haciéndose necesarios cálculos extras cuando había una curva en el terreno trabajado, procurándose que el total no excediera de una o cuando más de dos tareas.

Las tareas de desmatono, contra fuego, tumba de montaña y sembradura, se componen de la siguiente manera.

½ Varilla de ancho por 100 de largo = una Tarea

1 Varilla de ancho por 50 de largo = una Tarea

2 Varillas de ancho por 25 de largo = una Tarea

5 Varillas de ancho por 10 de largo = una Tarea

4 Varillas de ancho por 12 ½ de largo = una Tarea

Cuando la tarea de contra fuego era barrida se pagaba un 25% más sobre el precio normal.

TAREAS DE ALAMBRE: Abertura de 50 huecos = una Tarea
 Cortadura de 50 estantillos = una Tarea
 Cortadura de 25 botalones = una Tarea
 Cargadura de 100 estantillos = una Tarea
 Punteada de 100 estantillos = una Tarea
 Templada grapeada y pisoneada en cerca de cuatro "pelos" de alambre en 50 estantillos = una Tarea

TAREAS DE ESTANQUE: Una varilla de hondo - 1 varilla de ancho - 2 varillas de largo

TAREAS DE DESBARRE: 4 varas de largo por 2 varas de ancho

Cuando el buco era muy hondo, al encavar la mitad de éste, se hacía una cavidad en la pared y se procedía a colocar en la misma una parihuela; de tal forma que, un obrero paleaba desde abajo hasta esta angarilla; y otro obrero, paleaba desde ella hasta afuera.

TAREA DE CORTAURA DE LEÑA: 2 varas de alto por 2 de ancho.

A fin de tener una idea más exacta de lo que significa una tarea, como medida real y utilizable en toda propiedad rural, debo señalar que en una hectárea pueden calcularse 18 tareas y media y en una cuadra, 12 tareas y media.

La ganadería torrense tiene mucho que agradecerle a hombres muy prácticos en todo lo relacionado a la ejecución de todo tipo de tareas, especialmente, a los contratistas del Paso y de Baragua, quienes se especializaban en tareas de desmatono, contra fuego, tumba de montañas, etc.; pudiendo mencionar aquí grandes trabajadores, de la talla de Miguel Legé, Moncho Carrasco, Rafael Carrasco, Ramón Carrasco, Raúl Aldana, Enrique Crespo, Luis Crespo, Angel Fernández, Roger Castejón y muchos otros.

Las operaciones utilizadas por estos especialistas, para calcular la cantidad de tareas de que constara el terreno a trabajar se basaba en multiplicar el total de varillas que midieran sus dos largueros por la mitad del total de varillas que midieran sus dos bocas; por ejemplo:

LARGUEROS: 400 más 400 = 800 varillas

BOCAS: 200 más 200 = 400 varillas (mitad 200 varillas)

OPERACION: 800 (total varillas largueros) por 200 (mitad varillas del total de bocas) = 1.600 total tareas.

En consecuencia, si la tarea se pagaba a tres bolívares cada una, el total a pagar sería, claro está 4.800 bolívares (obsérvese que en el total de la operación final se hace la separación de lo que se llama: décimas de tareas).

En cuanto se refiere al cumplimiento de otro tipo de tareas, nos encontramos; entre otras con la sembradura de paja de cabeza; la cual consistía en 500 cabezas sembradas a una distancia de una vara en cuadro. La secadura de 1.000 cabezas representa otra tarea.

Cuando se trata de pasto rastroero, se efectúa la misma operación a la misma distancia, siendo la única diferencia la denominación del sembrado, llamándose entonces "bigotes" en lugar de "cabezas", es de hacer notar que aún cuando hoy estas faenas se realizan usando máquinas en terreno plano, todavía en los cerros se sigue este sistema.

Por su parte, la tarea de siembra de espigas consta de treinta kilos, distribuidos en 4 sacos que debían ser regados por una persona en una área de treinta tareas, lo cual quiere decir que lo indicado es sembrar un kilo por tarea, aunque hay quienes acostumbran a regar medio kilo por tarea.

La tarea de sembradura de caraotas exige la siembra de un cotejo de esta leguminosa, en huecos colocados a una distancia de media vara cada una, depositándose cuatro granos en cada uno de ellos, hasta cubrir una superficie de dos tareas y media.

Es de recordar que los viejos decían que la siembra de caraota es tan peligrosa, que hasta en la olla podía perderse; incluso, aún floreando, la cosecha corría serios riesgos si se presentaba de repente un período de lluvia excesivo.

El campo torrense ha sido, es y será siempre, fuente inagotable proveedora de claros medios de subsistencia. Hay un sinnúmero de costumbres y métodos que orientaron el productivo quehacer agropecuario de nuestros antecesores. Para quedar conforme por ahora, debo añadir algunas más a las ya expuestas, en la esperanza de que los jóvenes a quienes hoy transmito este mensaje, lo transmitan igualmente a los jóvenes del mañana con el mismo aprecio con que yo lo hago hoy. Según otros consejos prácticos heredados, producto de la experiencia, los trabajadores del campo venezolano, principalmente los torrenses, deben tomar, muy en cuenta las fases de la luna, en cuanto se refiere al amansamiento de caballos, siendo aconsejable amansar en menguante porque en creciente salen muy sudorosos y con el lomo "aguado".

Las gallinas cluecas no deben echarse durante los últimos días del mes de marzo porque se agüeran los huevos con los truenos del mes de abril.

Desorejar y descrestar gallos de pelea; así como también la recortadura de las espuelas y desbarbadura, debe hacerse siempre en menguante, puesto que así botan menos sangre.

Los desmatonos deben hacerse en creciente para que se muera la mata; y no en menguante por que se convierte en una especie de poda contraproducente al producirse el crecimiento de matorrales más hermosos y nutridos.

La cortadura de madera, palma y caña brava debe hacerse siempre en menguante.

El ñame debe sembrarse en marzo, porque así empieza a nacer con las lluvias que durante los primeros días del mes de abril anuncian la llegada de la primavera. La distancia debe ser de una vara.

Sobre el maíz aconsejaban que para la cosecha de primavera, se sembrara durante el mes de abril; y para la cosecha de año, se sembrara en agosto, a fin de aprovechar las lluvias de septiembre, octubre y noviembre.

La tarea de cojedura de maíz consta de nueve sacos con tusas, pero peladas (sin hojas).

La tarea de desgranadura de maíz se hacía en chinchorros o en garita. La garita es una especie de troja que mide una vara y media en cuadro; en la cual, se apalea el maíz, siendo la cantidad establecida para una tarea, tres fanegas. Cuando se dejaba para semilla la desgranadura se hacía a mano.

La tarea de aporrear o desgranar la caraota consta de tres almudes; limpia y soplada, quedando lista para el mercado.

En productos derivados de la caña de azúcar, tales como el papelón, era necesario imponer dentro del trabajo cotidiano que requiere su puesta en el mercado, términos capaces de determinar medidas para facilitar tanto su producción como su manejo, adoptándose como tareas la fabricación de una carga, la cual se componía de ochenta papelones; también se medían tareas que consistían en el traslado de guarapo de un tonel a otro.

El traslado de la caña se hacía en burros con sillones y sus garabatos. También en carros de mula y yuntas de bueyes con su carreta. La tarea se conformaba según los viajes y sus distancias respectivas.

Un arreo de papelones constaba de cuatro cargas. Los pueblos de Curarigua, Arenales y Río Tocuyo, están reconocidos en el Distrito Torres como excelentes productores del criollo papelón, conservándose aún en muchos hogares el atractivo tradicional que proporciona su dulzor tan especial en el humeante cafecito mañanero.

Otra tarea es la cumplida por los secadores de bagazo; igualmente, la recolección de cogollos, tarea que se asignaba siempre a mujeres y muchachos. El sólo hecho de ordenar a un hombre la ejecución de este trabajo era motivo suficiente para que éste prefiriera retirarse. Situaciones como esta ocasionaban frecuentes enfrentamientos laborales, especialmente, cuando se utilizaba como sistema para despidos indirectos.

En fincas productoras de leche, una tarea de ordeño de vacas, consistía en veinticinco vacas por obrero en dos ordeños (mañana y tarde). Cuando se ordeñaban veinticinco vacas de una sola vez, los obreros, después del desayuno, trabajaban desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde; ocupándose, entre otras cosas, de la reparación de brochas: nombre típico que se le da en el Distrito Torres a las instalaciones que en otros lugares se les conoce como "falsos", "peines", "guittarras", etc.

Cuando sólo caminos de herraduras comunicaban por tierra las escabrosas haciendas diseminadas sobre la vasta extensión del Distrito Torres, las nobles bestias de carga resultaban esenciales para el transporte de buena parte de la produc-

ción agropecuaria, como también de diversos materiales de uso cotidiano. De ahí, la gran importancia adquirida por los llamados arreos, formados por mulas o burros, los cuales prestaban un servicio de reconocido valor, al coadyuvar eficientemente al desenvolvimiento de la actividad rural desplegada en aquellos tiempos. Un arreo de mulas lo componían nueve animales: una de silla y ocho de carga. Por su mayor contextura física cada mula era capaz de cargar hasta cuatro almudes y medio, totalizando el arreo hasta tres fanegas; o sea, seiscientos sesenta kilos. Por su parte, un arreo de burros, lo formaban diez animales, uno de silla y nueve de carga, transportando cada uno de ellos cuatro almudes, para un mismo total de treinta y seis almudes, es decir, tres fanegas o seiscientos sesenta kilos.

Tanto el dueño como el arriero preocupabanse constantemente por mantener en perfecto estado su arreo, deseosos siempre de que se le calificara como el mejor, cuidando de tener sus bestias gordas, con sus orejas y patas bien peladas, sus sogas bien engrasadas, adornadas con crinejas sus cabezadas, lonas bien acondicionadas, sin roturas, perfectamente en la carga tipo corazón. A cada animal se le colocaba una mochila en el pescuezo, para su dotación de alimentos; el cual consistía en medio cotejo de maíz diario.

El arriero, por su parte, llevaba en el sillero su comida en bolsones y el agua en taparas. Usaba guardamontes y chamarretas de lona, y un inseparable mandador para arriar los animales.

Antes de iniciar cada viaje, se acostumbraba a calcular los días de camino y el peso adicional que representaba el total de las raciones alimenticias, convirtiéndose éstas en carga de sobrepeso, cuyo transporte era rotatorio en el camino, pasando cada día de un animal a otro.

El arriero, profundo conocedor de sus animales, siempre seleccionaba en su arreo, aquel que por su instinto natural marchaba adelante, identificándolo con una campana, cuyo sonido anunciaba su arribo al caserío, y al llegar a éstos, sus pobladores comentaban entre sí: “ahí llegó el arreo de don fulano de tal” . . .